

## GLOSAS Y COMENTARIOS

### CONCIENCIA PROFESIONAL

El título completo debería ser: «en los documentos de Pío XII». Eso pretende ser el artículo: un florilegio de pensamientos esparcidos en los documentos en los cuales volcó el llorado Pontífice su preocupación por la puesta al día, técnica y moralmente, de las profesiones. Revalorizar las profesiones, haciendo sentir su trascendencia y exhortando a vivirlas limpiamente dentro de los cauces de la moral, fué una de sus preocupaciones.

Como dato curioso, pero ponderativo de la aludida preocupación de Pío XII, bastaría enumerar los discursos o alocuciones a las distintas profesiones: 49 a Médicos, 23 a Economistas y Financieros, 37 a Educadores, 23 a Científicos, 34 a Obreros, 17 a Agricultores, 15 a Ingenieros e Industriales, 28 a Universitarios, 15 a Juristas, 23 a Periodistas y Editores, etc.

Al presentar este tema en las páginas de nuestra revista, no sólo cumplimos con un deber de filial homenaje póstumo al gran orientador del mundo moderno, sino que creemos contribuir a curar un mal generalizado en el mundo y que concretamente castiga el cuerpo social de nuestra Patria. Achaque general es que la moral profesional española falla lamentablemente. Y ante el crecimiento de la técnica que se nos mete por la puerta ancha, hay peligro de que se agranden la tentación y la caída.

En el Coloquio hispano-italiano para el fomento industrial, celebrado en octubre último en Madrid, se expresaba así uno de los empresarios italianos, en la sesión de clausura: «Se impone que el técnico reconozca con humildad su falta de preparación en lo sociológico y en lo moral, cuyas exigencias han de ser base de las futuras relaciones humanas, si éstas han de ser íntimas.»

No es que hayan cerrado los ojos al mal todos nuestros «maiores»: «En nuestra formación religiosa hay una gran laguna —afirma el Excmo. Señor Obispo de Málaga—: la moral social. La moral individual y familiar son elevadas; la social, bajísima... Alguna explicación al fenómeno ha de hallarse en que muchos manuales de moral, muy difundidos en las escuelas, tratan superficial y pobrísimamente de los deberes sociales del cristiano» (*Homilía sobre la parábola del Buen Samaritano*). En la reciente Pastoral sobre «La JOC para nuestros jóvenes trabajadores», el Excmo. Sr. Arzo-

bispo de Zaragoza, dice en uno de los párrafos: «Quizá entre nosotros hay que añadir... la ausencia del sentido de responsabilidad que nada o muy poco se ha cultivado, la carencia de formación social y de ideales superiores, la indiferencia ante los problemas generales de la clase obrera y de la nación, y la falta de cultura humana suficiente para remontarse del caso particular y concreto a la tesis general de interés para todos». El Excmo. Sr. Obispo de Huelva ve en esta insensibilidad, en esta deformación de la conciencia «un grave pecado colectivo de la conciencia social española..., fruto de nuestro individualismo ancestral, de la incultura y del egoísmo humano».

### *Sentido social.*

Pío XII insiste en el fin social de las profesiones; quiere resquebrajar la torre amurallada del egoísmo, para derribarla o al menos para abrir en ella ventanales sobre el campo de la necesidad y conveniencia ajenas; urge la mirada al bien común, como compensación de las ventajas del vivir en sociedad. Como aclaraba Mons. Dell'Acqua, en nombre del Papa, a la Semana Social española de 1955: «Al analizar el concepto de la profesión se encuentra que es una actividad personal realizada en orden a la comunidad con un fin trascendente.»

El sentido social debe ser como reacción instintiva ante fealdades sociales que deja patentes el incumplimiento de la justicia y la caridad sociales. Hará ver más claramente las exigencias de la justicia y predispondrá para su cumplimiento, aclarando conceptos que oscurece de ordinario el propio interés: la propiedad privada y su función social; la voluntad de Dios sobre los bienes superfluos; la limitación del negocio sin salirse de la cerca de la moral; el sentido de familia agrandada y sus obligaciones de amor y justicia sobre criados y sirvientes; la elevación —activa y pasiva— de los trabajadores.

El sentido social enseña a los individuos a luchar contra el egoísmo, o como dirá gráficamente a los *contables*, contra «el apego a sí mismo», por no llamarlo «repliegue en sí mismo» financiero y económico (octubre 1953). Da conciencia de los deberes de relación, mueve a obrar a los individuos teniendo en cuenta que pertenecen a una comunidad; inclina a mirar por el bien del prójimo y del bien común de la sociedad. Anima al hombre a entregarse a la profesión, por insignificante que parezca, persuadido que del funcionamiento recto de pormenores del engranaje social, resulta un conjunto armónicamente eficaz: «trabajos que en apariencia no llaman la atención; porque parece muy natural que todo funcione bien..., y son ellos el fundamento sólido (del turismo). Dad a vuestra tarea el sentido social que le corresponde de hecho; ¿acaso no es un servicio del prójimo? Así encontraréis una alegría interior mucho más profunda, impregnando vuestro esfuerzo de sentido cristiano por amor a Cristo» (marzo 1953).

Hay profesiones que obligan más a preocuparse de los demás, a la mirada social. Los *médicos*, además de la obligación de entregarse al servicio

del enfermo, de llevar la tranquilidad a la sociedad ante el peligro de contagio, a los familiares ante la gravedad del enfermo, «su intervención no es sólo y siempre médica, sino, a menudo, también social; y en este campo el médico está revestido de una autoridad moral tan reconocida que puede rendir señalados servicios a la comunidad sugiriendo espíritu de respeto hacia la persona humana donde el egoísmo tiende a pasarla por alto...» (octubre 1953).

El *ingeniero* ocupa un puesto eminente entre los constructores del mundo moderno; a sus investigaciones y esfuerzos se debe la extraordinaria evolución de los medios de acción del hombre. Pero ese puesto de altura técnica tiene sus peligros: su preparación para la observación de las realidades concretas; la exigencia de la precisión en los cálculos y en la ejecución le habitúan a los problemas concretos, con soluciones inmediatamente utilizables; el que un invento quede anticuado desde que aparece un procedimiento más eficaz y menos costoso, le obligan a la prisa y al inmediatismo. Además corre el peligro de descuidar los aspectos científicos de su carrera, prefiriendo los procedimientos empíricos a las soluciones teóricas y definitivas, de absorberse en el círculo de los intereses inmediatos, con detrimento de puntos de vista superiores; les es necesaria una cultura científica general, sabiendo dirigir su acción hacia el desarrollo conjunto de toda la Humanidad, y «si aspira a llenar un papel de guía y de iniciador de los avances sociales, importa que posea una visión reflexiva de los fines generales de la sociedad humana y de todos los elementos que condicionan su evolución». «Deben preocuparse por responder plenamente a su misión social; su situación en el seno de las empresas, como lazo de unión entre la dirección general y los agentes ejecutivos, reclaman de ellos no solamente aptitudes profesionales, sino un sentido profundamente humano.» Comprensivos como han de ser, deben preocuparse de los problemas de los subordinados, problemas materiales, pero también de su dignidad que obliga a ver en el trabajador «no sólo un productor de bienes, sino como un ser espiritual a quien su trabajo debe ennoblecer, y que espera de sus jefes la inteligencia de sus necesidades y una simpatía verdaderamente fraterna» (octubre 1953).

El *empresario*, por encima de la economía debe tener fija la idea de que en su actividad «se trata, no sólo de procurar capitales, de correr quizás riesgos financieros, sino especialmente de poner en práctica un pensamiento social», que le facilite el captar «el valor trascendente de la persona humana»; «volver la atención a la evolución social que producirán los progresos económicos»; persuadirse que no pueden imponerse nuevas formas de sujeción, liberando al hombre de una servidumbre económica, e imponiéndole una dependencia social todavía menos tolerable»; esto sucedería si subordinara el desarrollo económico a su propio interés. «Importa desde el principio convencerse de que el fin económico a que tienden los particulares y el Estado como tal está ordenado a la verdadera elevación de un

pueblo, y por lo tanto, a la conquista de su legítima autonomía económica, social y cultural» (junio 1955).

El sentido social en la *nobleza* debe ponerse en la luz y la atracción del buen ejemplo que eleve sobre la mediocridad; en ellos y en sus cosas, comience rápidamente la reforma o perfeccionamiento de la vida privada; contra el encastillamiento aislacionista, deben trabajar por que surja un orden cristiano en la vida pública; la masa tiene sed de valores espirituales; deben aspirar al honor de colaborar para que esas aspiraciones de bienestar religioso y social sean llevadas a feliz cumplimiento. Sentir la grandeza de la vocación de aquellos grandes espíritus que dedicaron íntegra su vida a esparcir la luz de la verdad y del bien, de aquellos «grands seigneurs de la plume», como se les ha llamado, «grandes señores de la acción intelectual, moral y religiosa».

No deben contentarse con lucir como faro que dé luz a los navegantes, pero no se mueve. «Vuestra dignidad es la de estar alerta en lo alto de la montaña en que estáis colocados, prontos siempre a descubrir en la baja llanura las penas, los sufrimientos y las angustias, para descender solícitos a aliviarlas con piedad, consuelo y auxilio» (enero 1943).

A los *policías*, precisamente ante la destreza y las invenciones cada vez más perfeccionadas de los criminales, les alaba la incansable y firme vigilancia, que ahuyenta la preocupación de las personas honradas. Vigilando los movimientos de los sospechosos para desarticular sus peligrosas iniciativas; «¿quién no ve la importancia del servicio que prestáis tanto a la comunidad como a los particulares?» (octubre 1954).

A los *comerciantes*, tentados del afán de prosperidad material desmedida, les inculca que «han de poner en plena luz el ejercicio personal del comercio al servicio del bienestar material de la sociedad». Y si es verdad que deben ser hábiles, prudentes más que sentimentales, «deben considerarse igualmente como servidores de la Comunidad» (abril 1950).

### *Moral Profesional.*

Hay una invitación insistente de Pío XII a cerrar la comunicación con el estruendo del mundo exterior, hacer eficaz silencio, y oír insinuante la voz de la conciencia. La conciencia es como el núcleo más íntimo secreto del hombre. Allá dentro se refugia con sus facultades espirituales en absoluta soledad; sólo consigo mismo, o mejor, sólo con Dios, de cuya voz la conciencia es un eco. Allí dentro se determina por el bien o por el mal; allí dentro escoge entre el camino de la victoria o el de la derrota; el hombre no podrá quitársela de encima; en su compañía, ora apruebe, ora desapruebe, recorrerá todo el camino de su vida».

No se la puede dejar a la puerta del vivir profesional. «Más aún en el campo de la conducta privada, hay hoy muchos que querrían excluir el dominio de la ley moral de la vida pública, económica y social..., como si

aquí no tuviese Dios nada que decir, al menos en sentido definitivo». Hay que esforzarse para revalorizar las profesiones y devolverles el significado que un día tuvieron, evitando que se las estime no como un servicio al prójimo y a la comunidad, sino únicamente como un empleo o un medio de lucro».

«Para alcanzar esto hay que tender a disipar los recelos existentes contra la moral profesional, pues no hay verdadera contradicción entre moral y profesión; se ha de vencer la ignorancia que muchos tienen de los deberes propios de su profesión en sus relaciones con la moral, ya con la publicación de manuales de deontología, ya con conferencias o cursillos, y hay que trabajar por formar la conciencia moral de los profesionales para que puedan cumplir sus obligaciones de la manera debida.» Hoy hay crisis en la Moral profesional. Muchos, «bajo el pretexto de las muchas injusticias existentes, piensan que no hay un orden de justicia real y objetivo, o que basta con atenerse a una moral subjetiva. Ideas que han afectado al ejercicio de las varias profesiones. Con esto, además de los males acarreados a los individuos y a la sociedad, se ha llegado hasta el desprestigio de las profesiones» (Dell'Acqua, *l. c.*).

Deben incrementarse las filas de los Caballeros del comercio, de la industria, de las finanzas. Hoy, cuando tantos se valen de artes, más o menos toleradas, de las que tantas angustias y apreturas causan a los moralistas que quieren resolver casos en abstracto, se habla de trampa, de falsificación, de fraude..., que le hacen a uno vivir en constante recelo de que le engañen: en el café, en la leche, en el cemento, en el hierro. Todo el mundo se queja de la falsificación en las industrias, sabotajes, mentiras, enredos en la política, codicia en los honorarios. El peligro es mayor en el tiempo que sigue a las guerras, cuando parece que se revuelven criterios y se desencadenan las concupiscencias, se juega con la escasez, y se trafica con el estraperlo; por eso, entonces hay que hacerse más firmes en la lealtad y fidelidad. Cuando un dique está amenazado de rotura por el ímpetu de la corriente, no se debilita, sino que se refuerza. En tales circunstancias «no se cuenta ninguno de vosotros entre el número de aquellos que en la inmensa calamidad en que hoy ha caído la familia humana no ven más que una ocasión propicia para enriquecerse, explotando la necesidad, alzando indefinidamente los precios. Mirad sus manos: están manchadas con sangre, sangre de las viudas y los huérfanos; de los niños y los adolescentes, imposibilitados o retrasados en su desarrollo por la desnutrición y por el hambre, con la sangre de mil y mil desgraciados de todas las clases del pueblo de la que se han hecho verdugos con su innoble mercado» (febrero 1955).

Lamentable es el mal; peor que forme ambiente en el que viva con tranquilidad, y donde no merezca la pena el pasar oculto. Cuando se teme, no que se descubra, sino que se pruebe legalmente. No puede defenderse esa pobre mujer del puesto callejero o ese dueño del establecimiento de pueblo, y son indignos de vivir en sociedad; pero ¡es un caballero! el que

defraudó en millones y, hombre de pupila y sobornador hábil, burla disposiciones legales y engaña y despista a los defensores de la ley.

Conciencia profesional es la misma conciencia personal, pero en cuanto se refiere a la práctica de la profesión que uno tiene. En un comerciante será que en todos sus asuntos comerciales tenga la probidad, sinceridad y rectitud que prescribe la moral y que en la noble pugna con el comprador, sin fraude, se mantenga siempre dentro del precio justo. En un industrial, que confeccione sus artículos sin falsificaciones, ni mixtificaciones y que no juegue con la escasez, ni viole con partidismos la justicia distributiva. En un médico, que atienda a curar, no a prolongar el número de visitas explotando a los enfermos, que se imponga en la ciencia médica a medida que ésta adelanta, que tenga criterio recto siempre, colocándose en el papel de defensor, no de árbitro, de la vida. En un abogado, que no defienda causas injustas, ni prolongue pleitos, ni haga concebir esperanzas sin fundamento, ni aconseje recursos inútiles. En un obrero, que llene bien sus horas de trabajo, que no deteriore el material de trabajo.

Como la profesión relaciona con el prójimo, de ahí que la conciencia profesional verse sobre asuntos más graves que la conciencia privada o personal, por cuanto, además de la licitud o ilicitud, puede entrar de por medio la justicia o injusticia para con el prójimo, con la secuela de la restitución, reparación o indemnización en el daño causado. El bien común a la propia profesión obliga a comportarse de modo que no se corra la mala fama a toda ella por culpa de los que la van degradando.

El convivir en sociedad impone la necesidad de la conciencia profesional; la mutua confianza es algo en lo que debemos descansar, porque nadie se basta a sí mismo. La confianza de que responde cada uno desde el puesto que ocupa socialmente, nos hace ahorrar esfuerzos que además resultarían imposibles: ni sabemos, ni podemos examinar todos y cada uno de los productos alimenticios, farmacéuticos, constructivos para apreciar su calidad, su bondad, su ausencia de dolo: en las mezclas, en la resistencia, en el grado. Para vivir necesitamos del crédito de los demás, y desgraciadamente se va perdiendo. Esto, y el vivir en continuo temor de engaño, de trampa, de soborno es el castigo que Dios pone a esta sociedad prevaricadora.

«Lo que más conquista la estimación y crédito es la concordia entre la perfección intelectual y la perfección moral y espiritual. En el verdadero cristiano que sea sincero son inseparables la verdad de la fe y la regla moral. Al igual que una vida intelectual, debéis también poseer una vida moral interior de «maiores»; son dos vidas que forman una sola: la vida del campeón, sellado en la frente con el crisma del buen soldado de Cristo» (A los Universitarios, abril 1941).

Ante los *profesores* (enero 1954), exhortándolos a intensificar la voluntad de la perfección moral y espiritual como medio de fortificar la autoridad y el prestigio, subraya, como consecuencia primera, «la necesidad de una acción más elevada de la misión educadora y una acrecentada conciencia pro-

fesional». A los *juristas* les señalará, hoy cuando se ve debilitado el respeto a la majestad del Derecho, y prevalecen sobre él consideraciones de utilidad e interés, de fuerza y de riqueza, la necesidad de «ser fiel a su misión de amar y respetar ante todo la justicia y la verdad» (octubre 1941). En los *profesionales de la prensa* la moralidad estará en la «lealtad a la verdad íntegra, sin utilizar torcidamente su tremenda influencia, frenando la prisa nerviosa por servir las noticias, restableciendo la verdad, si hubieran divulgado el error, orientando con recto criterio, siendo «hombres dignos de este nombre, marcados con el sello de una verdadera personalidad... que sepan contemplar a Dios, al mundo y los sucesos todos, grandes y pequeños a la luz de los principios fundamentales de la vida; hombres que existen todavía, aunque por desgracia poco numerosos y cada día más raros, a medida que van siendo sustituidos por personas escépticas, aburridas, indiferentes, sin consistencia ni carácter, cómodamente maniobradas por algunos corifeos» (agosto 1940; mayo 1953).

A juzgar por la frecuencia de las intervenciones y por los temas tocados, una de las profesiones que más preocupaban a Pío XII es la de los *médicos*: por su trascendencia social, para el bien y para el mal. En cada audiencia, en cada intervención avanzaba en el consejo al ritmo del avance técnico. La conciencia profesional médica está presentada con detalle y abarcando las manifestaciones últimas de posibles alteraciones en las normas de la Moral. «La moral médica debe convertirse en opinión común del cuerpo médico, y después, de un sector más amplio del público, por lo que en la formación de los estudiantes de Medicina hará falta integrar como asignatura obligatoria, una exposición sistemática de la moral médica.»

Alaba (octubre 1953) «el proyecto de codificación de una moral médica mundial, aceptado ya en 42 países; de un Derecho médico internacional y de la fórmula propuesta de un juramento mundial del médico, válido en todas partes»; podía llamarse «el código del honor médico y el código de sus deberes». Desgraciadamente «la moral médica actual está muy lejos de constituir una moral mundial uniforme y completa; son pocos los principios aceptados en todas partes».

Vuelve a insistir, porque quisiera sanear el ambiente, y facilitar así el cumplimiento del deber por la universalidad del criterio: «la conciencia médica, es capaz de ser conciencia colectiva de los médicos del mundo entero»; y no es conciencia puramente subjetiva; el control último de la conciencia moral médica es el mismo Creador, de donde los principios morales médicos toman su fuerza; son, por lo tanto, mucho más que exigencias de la filantropía; son parte de la ley divina y no obra de los hombres.

Con palabra de predilección habla a los *campesinos*; ellos son la reserva de tradiciones hondamente cristianas. Y el enemigo ha hecho acto de presencia entre la tierra y sus hombres. Es triste la situación de muchos campesinos. Y «hay que reconocer que una de las causas del desequilibrio, y aun del desorden de la economía mundial, es el deplorable desafecto —cuan-

do no desprecio— por la vida agrícola y sus múltiples actividades. Y esto es preuncio de un declive de civilización con pruebas de épocas de la Historia en la mano. «¿Y no es significativo ver subir como un grito de alarma de las regiones de intensa industria, un llamamiento a la formación en el campo de una población campesina fuerte, sana, profunda y conscientemente cristiana, que sea como un dique infranqueable contra el cual venga a quebrarse la ola ascendente de la corrupción física y moral?» (agosto 1947).

Si los *Bancos* son «como el corazón que debe regular su circulación para el mayor bien de los particulares, de las familias, de los grupos sociales cuyo conjunto forma aquel cuerpo nacional económico; de ahí se deduce, con la potencia y la utilidad, la responsabilidad del sistema bancario» (junio 1948). «Pero, aun cuando existe su peligro en la profesión, no puede sostenerse la opinión de los que suponen que el sistema bancario está por su propia naturaleza manchado de culpa; como si el ejercicio de la profesión pusiera inevitablemente un peligro de contaminar el corazón.»

La moral profesional del *empleado* estará en «saber callar», evitando comentarios hirientes, conversaciones inútiles durante el trabajo, ataques irreflexivos a conductas; en «saber hablar» con amor a los clientes, a los obreros que vengan a la mesa o a la ventanilla del funcionario, viendo en cada papel el grave y urgente problema que lleva; en defensa de la verdad y de la justicia, sobre todo cuando se trata de defender a sus compañeros.

### *Competencia.*

Forma parte de la moral profesional. Competencia adquirida como base en los años de la carrera, y puesta al día con la cultura de hombre preocupado por alimentar su inteligencia. Sin duda que para entregarse con ilusión al estudio y a la preparación para el mañana, «debe existir una dirección, clave del futuro éxito: la vocación. Esta, que supone una inclinación natural a un trabajo determinado, para ser verdadera, exige la aptitud necesaria. De esta forma, el hombre ejercerá con buen espíritu y capacidad su labor, tanto en provecho propio como de la comunidad» (Dell'Acqua, a la Semana Social española, 1955).

Con todo encarecimiento la exige Pío XII a los *Profesores* (enero 1954): Si queréis cumplir como buenos, y que los jóvenes alumnos, durante toda la vida conserven el orgullo de haberos tenido por profesores, «la primera consecuencia será una noción más elevada de vuestra misión educadora y una acrecentada conciencia profesional, es decir, una voluntad más ardiente por conseguir en vuestra profesión toda la competencia posible en aquello que concierne a los conocimientos teóricos y a la enseñanza práctica».

«¿Quién podría dudar que una tal misión requiera del *jefe de empresa* cristiano una seria preparación?» Competencia profesional y moral; porque, si quiere estar realmente a la altura de su deber, ha de vivir intensamente

la doctrina que profesa. Si son católicos, razón de más para exigirse estar en primera línea; esto hará más simpática la Iglesia, y será una defensa apologetica de su doctrina: demostrar que en el siglo XX se puede ser hombre de negocios y cristiano intachable; no estorba el Decálogo. «En esta gran lucha —dice a los *Universitarios*—, donde ganar el alma vale más que la conquista de todo el mundo, no aceptéis vosotros, estudiantes universitarios y laureados católicos, ser inferiores a los demás en la palestra del valer científico y de la competencia, de la extensión en conocimientos y de la capacidad en el conocimiento de vuestra profesión» (abril 1941). No para presumir y llegar a desprecio de los demás —«la ciencia es un vino exquisito que se sube fácilmente a la cabeza»—; para evitarlo, que exista un equilibrio entre la cultura profesional y cristiana.

Da la voz de alerta contra los improvisados e incompetentes en economía. Supone la existencia de muchos de estos atrevidos e irresponsables, puesto que afirma: «Muchos, tal vez demasiados, guiados por el interés, por el espíritu de partido o por consideraciones procedentes del sentimiento más que de la razón abordan y tratan, haciéndose economistas y políticos improvisados, las cuestiones financieras y fiscales con tanto más ardor y desenfado, con tanta más seguridad y desenvoltura cuanto mayor es su incompetencia. A veces no parece siquiera que sospechen la necesidad que hay, para resolverlas, de atentos estudios de encuestas, y de observaciones múltiples y de experiencias comparadas.» Tal vez por esto, este grito que pone en boca de la Iglesia, dirigiéndose a los responsables de las finanzas públicas: «¡En nombre de la conciencia humana, no arruinéis la moral desde arriba!» (octubre 1948).

En las modernas manifestaciones de la ciencia o el arte, el ideal no debe ser brazos cruzados deplorando abusos, sin reaccionar contra ellos: hay que buscar que el teatro, el cine, la televisión, lleguen a ser cristianamente educadores, dado el enorme influjo tanto para promover el bien, como para difundir el mal. Son, cierto, muy graves las responsabilidades de los que están al frente en concreto de la televisión, puesto que ella afecta de cerca la educación de los jóvenes y a la santidad misma del hogar doméstico.

El *periodista* católico, para alcanzar prestigio y lograr «en cada hogar católico el periódico católico», debe tener competencia, cultura, cualidades de estilo, tanto psicológico, aunque el amor insobornable a la verdad sigue siendo la cualidad principal. El *abogado* con el amor a la verdad y la seria investigación de la justicia en cada caso, «en la competencia tendrá un medio de aumentar el prestigio y autoridad ante su clientela, contribuyendo por otra parte a la elevación de su dignidad personal».

«La personalidad moral —les dirá a los *contables* (oct. 1953)— no se presenta como algo estático, sino dinámico; es decir, tiene como objeto y fin manifestarse en el ejercicio de la profesión e imprimirle su huella.» A los *ceramistas* les pondera la técnica simple y refinada, y les anima a una constante experimentación de nuevas formas, que distingan por su finura y solidez, en un continuo adelanto y superación.

*Aprovechar el progreso.*

La Iglesia ni le pone trabas, ni le mira con recelo. Ve en el mismo una caricia de Dios a la mente de los hombres para que vayan descubriendo nuevas aplicaciones a medida que aumentan las necesidades entre los hombres. Es un recurso providencialista. Advertirá sí, la Iglesia, que el verdadero progreso, el eficaz, es el que abarca todas las manifestaciones del hombre: progreso material, pero también cultural y moral, para que el material no se convierta en azote de la Humanidad.

Ante la técnica, Pío XII ve los peligros serios para el mundo trabajador si no van corregidos con la formación profesional y moral: desocupación, paro tecnológico, el hombre al servicio de la máquina, con largas horas de vigilia que desgasta el sistema nervioso; y todavía el peligro moral de menospreciar los valores superiores, por la adoración de la máquina, que llega a consumir rápidamente al trabajador, como si un año de ejercicio de la profesión le hubiera agotado la fuerza de dos o más años de vida normal. Peligro del desplazamiento del obrero y del empleado por la máquina; los sentidos del hombre están sustituidos por la «célula fotoeléctrica», el «termo regulador», el «detector de gas», el «palpador eléctrico». El técnico se jacta de que la producción continúa sin la menor intervención humana. Existen más de 20.000 aparatos electrónicos diferentes. Alguien en EE. UU. ha lanzado la frase de que «la sustitución de un hombre bien vale un gasto de 10.000 dólares». ¿Esto es un triunfo?

Los fracasos de la economía, fríamente calculadora, van aumentando las filas de esos hombres, del titubeo intelectual y moral, presa de una deprimente incertidumbre de espíritu y de un estado de inercia que les oprime el alma. «Entre las filas de estos amargados y desengañados no es difícil señalar a aquellos que pusieron su interna confianza en la expansión mundial de la vida económica, creyendo ser la única capaz de reunir en fraternidad a los pueblos y prometiéndose de su grandiosa organización, cada día más refinada y perfeccionada, progresos inauditos e inesperados de bienestar de la sociedad. Y sin embargo, ven que esa economía coopera de mil maneras a hacer general y más grave la crisis de la humanidad, mientras que, no siendo corregida por ningún freno moral y sin ninguna mirada ultraterrena que iluminase, no podía menos de terminar en una indigna y humillante explotación de la persona humana.»

No fué Pío XII el hombre acobardado ante el avance industrial y el progreso técnico. Al contrario, seguía de cerca complacido su evolución. Esto explica su saber decir la última palabra, la palabra oportuna en las reuniones de científicos y sabios. Por eso no fué su plan poner un freno al desarrollo, sino forzar el avance espiritual y moral. Sí se preocupó de que la sociedad actual legara a la posteridad algo más que un impresionante potencial destructor. Quiso que los hombres pusieran empeño en interesarse más de los presupuestos de paz que de los de guerra; en realizaciones que aminoran el sufrimiento moral, la escasez de viviendas, la falta de alimen-

tos. Con mano firme, o con palabra emocionante señaló, como medio para evitar que el progreso técnico se convirtiera en azote de la Humanidad; la intensidad de vida espiritual y moral, el sentimiento de fraternidad contra el egoísmo, la victoria sobre las bajas pasiones que oscurecen la mente e insensibilizan el corazón: victoria sobre el odio, victoria sobre el cálculo utilitarista, sobre el endiosamiento de la fuerza.

#### *Voluntad de perfección cristiana.*

Pío XII, en posición de altura espiritual y moral, quiere que cada uno busque noblemente su perfección en la profesión; que el ejemplo le diga al pueblo, niño en la lógica, que en efecto la doctrina social y moral de la Iglesia merecen la pena de vivirse, no por frases auto ponderativas, sino por la sinceridad de una vida que va de acuerdo total con las palabras. Sólo algún testimonio, de una larga serie posible como prueba: A los *educadores* les hace una aplicación de la parábola de los talentos. No parece que sea disminuir el valor de la parábola evangélica ver también en ella el elogio del trabajo bien hecho. El profesional católico desea ofrecer a Dios el pleno empleo de sus talentos; de este modo se prepara para recibir de El la luz y fuerza para encaminarse hacia la perfección del alma, fin último de la vida.

A los *empleados* les pondera lo que sería el silencioso trabajo cotidiano siempre calentado, vivificado y alimentado por el fuego del amor. «¡Ese trabajo no correría peligro de ser frío y sin alma, y vosotros apareceríais como verdaderos cristianos no contentos con la estricta justicia, ni querríais que el fin de vuestra obra fuera sólo el propio personal provecho!» (mayo 1953).

No es tarea fácil. «Todo esto exige valor, energía, constancia; digámoslo claramente: una cristiana abnegación, verdadera y generosa. Un estudio, o un trabajo superficial y ligero, de aficionado, intermitente, a merced de las impresiones, nunca llegará a grandes frutos, ni tendrá eficacia alguna. Sólo un ánimo viril se yergue franco ante la previsión de un largo trabajo, ordinariamente penoso, árido, oscuro, sin el estímulo de la íntima satisfacción; pero el ser y permanecer exigentes con vosotros mismos es también un deber vuestro, requerido tanto para vuestros estudios y vuestra actividad profesional, como para vuestra vida religiosa y moral.»

Buscar la propia santificación: he ahí el verdadero contenido del trabajo. No es solamente una actividad económica que haya de procurar ventajas materiales, sino que «a través de las más modestas acciones cotidianas, en medio de las fatigas, contrariedades, habéis de hallar la manera de manifestar que pertenecéis a Jesucristo» (junio 1954).

Aun en la época de la técnica, la persona humana sigue elevada en su ser y en su dignidad, y por lo mismo su fuerza creadora y su obra tienen

una consistencia muy superior. «Así consolidado, el trabajo humano es un elevado valor moral, y la sociedad trabajadora, una sociedad que no sólo produce objetos, sino que glorifica a Dios. El hombre puede considerar su trabajo como un verdadero instrumento de su propia santificación porque trabajando perfecciona en sí la imagen de Dios.»

F. DEL VALLE, S. J.